

.....Capítulo 1.....

Inglaterra, 1814

*E*l difunto Dominic Breckland, vizconde de Stratfield, volvía a la vida envuelto en un mar de ropa interior de mujer. De la cabeza a los pies, luchaba para adaptarse a las enaguas de encaje y las medias de seda blanca; tenía los musculosos brazos embutidos en lazos y corchetes del rígido corsé que olía a lavanda y los muslos forrados por un par de calzones de delicado percal francés. Igual que una criatura de la noche herida, había huido de la captura y se había refugiado en el último lugar donde su perseguidor lo buscaría.

Movido por un instinto de supervivencia primitivo, se había subido al robusto roble que había junto a la casa solariega y se había colado por el alféizar de la ventana. Con la esperanza de haber burlado al hombre que lo perseguía, se desplomó en un baúl abierto y lleno de ropa interior y otros accesorios femeninos.

Estaba demasiado agotado para darse cuenta de la ironía de la situación.

De momento, al menos había conseguido escapar del hombre que lo perseguía. Aunque, segundo a segundo, estaba empapando de sangre la enagua de muselina y las medias de color rosa de alguna dama desconocida. Sintió una punzada de dolor en la parte superior de su cuerpo. Apretó los dientes y cogió un camisón muy fino de color verde con nomeolvides de seda azul bordados que se había en-

ganchado en el codo. Lo levantó y, con malicia, lo observó a la luz de la luna.

Si iba a morir, por segunda vez en un mes, no estaría mal hacerlo en medio de una intensa fantasía sexual.

—Bueno, bueno —murmuró—. ¿Qué clase de mujer eres: fácil o sencillamente vas a la moda? ¿Puedo elegir? Mejor fácil.

Por desgracia, la delicada prenda no consiguió inspirarle ninguna imagen sexual definida. Parecía que la dueña del camisón tenía un buen par de pechos, aunque Dominic sabía que, en ese momento, no estaba en las mejores condiciones para dar un veredicto objetivo.

Que Dios los ayudara a los dos, porque a la pobre mujer le daría un ataque cuando descubriera su cuerpo en el baúl. A Dominic le parecía que, en algún momento del turbio pasado, esta vieja casa solariega había sido suya, e intentó recordar a quién se la había vendido. Para su mayor frustración, su cerebro decidió no colaborar y sólo era capaz de dibujar imágenes inconexas detrás de los ojos, como manchas en la sombra.

Un capitán de la marina retirado, ¿no? Sir Hickory o Humpty. Algo así, que estaba casado y tenía una hija. No recordaba cómo se llamaban. Dado que se estaba desangrando, esperaba que le perdonaran su falta de educación.

—Ese capitán era un buen hombre —murmuró— pero, ¿quién diablos era su mujer?

Si se estaba permitiendo regodearse con la ropa interior de esa mujer, lo mínimo que podía hacer era saber su nombre.

A algunos no les sorprendería que Dominic apareciera muerto en un baúl lleno de enaguas, teniendo en cuenta su pasado mujeriego que había dejado claro el poco respeto que sentía por la sociedad. Seguramente, sus amigos más íntimos habrían decidido enterrarlo en una mortaja de ropa interior femenina como tributo a todos sus pecados.

Aunque a Dominic lo habían «enterrado» de manera oficial hacía un mes; algunos lo habían llorado, y otros muchos lo habían maldecido. Aparte de los persistentes rumores de personas que habían visto a su fantasma en los lugares más extraños y haciendo las mayores travesuras del mundo, nadie esperaba volver a verlo.

Ni siquiera sus sirvientes o sus pocas amistades.

Sólo confiaba en una persona. El hombre que lo había ayudado a organizar su propio funeral.

Unos pasos secos, alguien que había golpeado un cubo y una voz masculina proveniente de la parte delantera de la casa interrumpieron el silencio de la noche en el campo.

—¡Que alguien abra la maldita verja! —gritó el jardinero desde el camino de la entrada—. ¡El carruaje ya está en el puente!

—¡Hace una hora que la maldita verja está abierta! —respondió, también gritando, el mozo de cuadra.

—Compañía —suspiró Dominic y se echó el camisón encima del hombro—. Supongo que, antes de empezar el espectáculo, tendré que prepararme.

Parecía una dantesca visión salida del infierno, y lo sabía. Los pómulos prominentes le daban un carácter feroz a sus rasgos masculinos. Mientras escalaba el árbol para huir, se había rascado la cicatriz, con los puntos perfectamente marcados, que se extendía por el pecho y el hombro izquierdo. Respiró hondo, y sintió el aire que le llenó los pulmones como el ataque de una garra; luego, con el brazo que no tenía herido, buscó el alféizar de la ventana a tientas y, durante unos segundos de esclarecedora agonía, se quedó allí de pie.

Cuando vio los alrededores, abrió los ojos grises como platos.

—Vaya, ¿no es magnífico? —dijo, apretando los dientes para mitigar una punzada de dolor—. Una habitación con vistas.

Allí, en medio de una colina cubierta de bosques, ahora iluminada por la luz de la luna, estaba su casa. La suave luz de las velas iluminaba la habitación donde lo habían «matado» a puñaladas hacía tres semanas. Su tío, el coronel sir Edgar Williams, ya se había instalado en la casa y, si Dominic hubiera tenido un catalejo a mano, habría identificado a la figura que se vislumbraba detrás de las cortinas.

La rígida silueta pertenecía a una mujer, pensó con cinismo. Estaba seguro. Aunque no podía decir si era la misma con la que compartía lecho mientras lo apuñalaban cruelmente. Y ahora tampoco importaba. Esa historia de amor pertenecía al pasado y murió junto con su antigua identidad. Sus sentimientos hacia su antigua amante estaban tan muertos como ella lo creía a él.

Los cascos de unos caballos que se acercaban y el crujir de las

ruedas en el camino interrumpieron sus pensamientos. Ojalá la dueña de ese baúl no decidiera inspeccionar su ropa interior esa noche. Porque si fuera un experto en ropa interior femenina, y resultaba que lo era, la delicada y proporcionada dueña de aquellas prendas seguro que gritaría con mucha menos delicadeza cuando descubriera un fantasma en su armario.

Desde la atosigante oscuridad del carruaje de madera, lady Chloe Boscastle vio una de sus prendas íntimas colgando de su ventana como un estandarte de indecencia. Se inclinó hacia delante, con el cuerpo petrificado de incredulidad, y palideció. El baúl con sus pertenencias personales había llegado de Londres justo esa mañana. La doncella y ella no habían sacado nada, y mucho menos lo habían dejado expuesto en la ventana.

Intentó cerrar las cortinas del carruaje con toda naturalidad, con la esperanza que los otros pasajeros no se fijaran en aquellas vistas tan desconcertantes. Aunque, a estas alturas, y viniendo de Chloe, seguramente nadie se hubiera extrañado de aquello. Había llegado de Londres con la poco gloriosa etiqueta de chica problemática, y casi se esperaba que siguiera con esa actitud allí en el campo. Y no tenía ninguna intención de decepcionar a las cada vez más numerosas voces críticas con ella.

La pieza de ropa allí expuesta que, por cierto, parecía su camisola preferida, sólo podía significar que el escurridizo de su hermano Devon había estado en su habitación mientras a ella la habían arrastrado hasta un baile en un salón lleno de telas de araña.

Y esta vez, ¿qué se habría llevado el muy granuja de su habitación?, se preguntó Chloe, alarmada. Ya había empeñado casi todas sus joyas para pagar sus deudas. Pero seguro que no se habría llevado su ropa interior para...

Entonces, se le ocurrió una idea mucho más cómica. ¿Era posible que Devon se paseara por el campo disfrazado de mujer? ¿O acaso había encontrado compañía femenina que le había dado cobijo? Se suponía que estaba tratando de pasar inadvertido con un familiar anciano que vivía en el pueblo de al lado. Chloe se dio cuenta que su her-

mano, un noble que de la noche a la mañana se había convertido en una especie de forajido heroico debido a una broma estúpida, estaba un poco desesperado. Al ser una Boscastle, Chloe era una mujer muy liberal pero, aun así, la decencia tenía unos límites. Y, al parecer, Devon estaba cruzándolos más allá de lo que sería atrevido incluso para un Boscastle travieso.

Se giró hacia el otro lado al tiempo que el viejo carruaje entraba por la verja de hierro de la modesta propiedad, haciendo un estruendo tan grande que bien hubiera podido despertar a los muertos. Una mirada furtiva a las ausentes y preciosas caras de sus tíos, ya mayores, le bastó para cerciorarse de que no habían visto el extraño objeto en la ventana de su díscola sobrina.

—Como iba diciendo —le dijo el tío Humphrey a su mujer—, el gato sólo se estaba comportando como tal, Gwennie. No arrastró el ratón muerto hasta la silla del párroco de forma deliberada para avergonzarte. Sólo enseñaba su caza.

La tía Gwendolyn se estremeció ligeramente, hinchando y vaciando el pecho de aire.

—Me quería morir. Además, sucedió justo cuando el párroco estaba explicando las últimas travesuras del fantasma de lord Stratfield.

—No empieces otra vez con ese endiablado fantasma, Gwennie. Delante de Chloe, no.

De todos modos, Chloe sólo los estaba escuchando a medias; estaba más concentrada en su inminente condena que en las proezas imaginarias de un muerto. Cuando llegaron frente a la puerta de casa y el carruaje se detuvo, suspiró aliviada. Nadie creería que hubiera dejado la camisola colgada en la ventana para que se secase. Su comportamiento impropio despertaba un interés de lo más lascivo y una sincera preocupación en aquella comunidad que iba varias décadas retrasada respecto al resto del país. Sin embargo, en lugar de rechazarla, sus ancianos tíos del campo habían implicado a todo el pueblo en la misión de reformarla. Estaba rodeada de fanáticos moralistas por los cuatro costados, gente bien intencionada que conocía su pecado.

Después de descubrirla besando a un joven barón en un parque, su hermano, el marqués de Sedgicroft, la había hecho desaparecer de Londres y la había enviado a casa de su tío, sir Humphrey Dew-

hurst. Para una chica joven con una vida social agitada, aquél era el peor castigo imaginable. Y Chloe puede que ya hubiera catalogado lo que quedaba de año como una pesadilla si esa misma noche, en el baile, no hubiera conocido al hombre más encantador de Chistlebury. Todavía notaba el calor de su mano en la cintura; más tiempo del que se podía considerar adecuado, aunque no lo suficiente para que los que los observaran lo consideraran un avance. Puede que, después de todo, todavía tuviera esperanzas. Puede que ese exilio forzado le proporcionara unas cuantas emociones. Las casamenteras del pueblo habían contemplado, muy animadas, cómo ella y lord St. John flirteaban en la pista de baile.

Cuando el carruaje se detuvo del todo, bajó casi de un salto, ignorando el *tsk* molesto de su tía y entró corriendo en la casa. Se quitó los zapatos de tacón alto forrados delante de la escalera de la entrada, de liquen. No era una casa solariega típica, sino más bien una granja de piedra con pretensiones y con un estanque lleno de patos gritones justo debajo de su ventana. Echaba de menos el ajetreo y los peligros de Londres, los cotilleos y las actividades sociales diarias. Echaba de menos a sus amigas, aunque la mayoría ya se había olvidado de ella, con tanta alegría, fiestas y maravillosos eventos sociales.

—¡Chloe! —su menuda tía le siguió los pasos y casi se le echó encima como Atila el Huno, mientras las enaguas de crin crujían contra la puerta—. He visto que, antes de marcharnos, te has dejado la ventana de la habitación abierta —dijo, con la mano llena de venas azules encima del corazón, recuperándose de la carrera.

Chloe se giró y vio a la chica pelirroja de pelo rizado que había en la entrada. Era su prima Pamela, que no había podido ir al baile porque se había torcido un tobillo y que le estaba haciendo unas señales muy extrañas e indescifrables desde detrás de la tía Gwendolyn.

—No era la ventana de la habitación —dijo Chloe, muy despacio. Estaba intentando interpretar las gesticulaciones de Pamela—. Era la del vestidor y...

—La abrí yo para que se ventilara —añadió Pamela, indicándole a Chloe que no dijera nada—. El olor a polvo y a perfume era muy fuerte.

La tía Gwendolyn estaba demasiado ocupada intentando desabrocharse la capa ribeteada en piel para darse cuenta de aquella pantomima secreta.

—Bueno, pero asegúrate que está bien cerrada antes de acostarnos. En el baile, todo el mundo hablaba de las últimas apariciones del fantasma de Stratfield.

Pamela abrió los ojos como platos, olvidándose por completo de su intento de ayudar a Chloe.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ha hecho ahora nuestro querido fantasma?

La tía Gwendolyn se detuvo en seco, para mayor dramatismo, con una mano encima de los botones de ónix del vestido. No había una sola mujer en el pueblo, excepto la recién llegada Chloe, que no hubiera seguido de cerca la vida y muerte del terriblemente atractivo y terriblemente endiabrado vizconde de Stratfield.

Desde sus heroicidades en la guerra hasta su brutal asesinato en la cama hacía cosa de un mes cualquier cosa que hiciese despertaba el interés de los habitantes del pueblo. No habían cogido a su asesino, pero las apuestas de la taberna seguían a favor de algún marido buscando venganza.

Obviamente, cuando lo asesinaron había una mujer en la cama con él. En realidad, a juzgar por los rumores, no sólo estaba con él sino desnuda debajo de él mientras lo apuñalaban. Y lo que de veras alteró la tranquilidad de ese pueblo fue el relato histórico del crimen, cometido por un intruso enmascarado, por parte de esta mujer.

Mientras el tío Humphrey entraba en casa, la tía Gwendolyn bajó la voz y dijo:

—Y ese granuja tan apuesto sedujo a la señorita Beryl Waterbridge ayer por la noche mientras rezaba.

El tío Humphrey se detuvo en seco en medio del recibidor y, lanzándole una mirada pícara a Chloe, dijo:

—No hice nada parecido. Estuve aquí, en casa, jugando a cartas toda la noche con mi sobrina. ¿No es cierto, Chloe? Puedes confirmar mi coartada.

Chloe se quitó la capa de lana color rosa; con la mente en otro lugar, se preguntó cuándo volvería a ver al apuesto Justin Linton, lord St. John. Cuando se habían despedido, le había dicho que no

podría vivir sin ella. Ante aquella tontería tan romántica, Chloe se había reído.

—Respondo por ti, tío Humphrey —respondió ella, sonriéndole por encima del hombro—. No vi que sedujeras a nadie.

Se miró en el espejo del recibidor e intentó verse como la había visto Justin esa noche. Había bailado con ella dos veces, sí, pero no pudo evitar darse cuenta que también había prestado atención a otra señorita que tenía el pelo más sedoso, la voz más dulce y una actitud más recatada.

Frunció el ceño. ¿Sería ese su defecto fatal? ¿Ser incapaz de mostrarse tan... recatada como las demás? Por desgracia, parecía que era algo genético en la familia y Chloe no estaba segura de querer cambiarlo aunque pudiera. Suponía que debía mostrarse recatada para resultar atractiva; su hermana Emma siempre se lo había dicho pero, en el fondo, ella quería que la quisieran tal como era.

—Y los gritos despertaron a su padre, que se rompió un dedo del pie al intentar rescatarla —terminó de decir la tía Gwendolyn, con una pausa para respirar—. Beryl se desmayó siete veces antes de poder admitir lo que el fantasma le había hecho.

Chloe se giró, de repente, muy interesada en la conversación.

—¿Cómo sabéis que la pobre chica no estaba soñando? Además, ¿acaso su padre vio al fantasma?

La tía Gwendolyn la miró con una ligera mueca.

—De los fantasmales besos, todavía le temblaban los labios, Chloe. Y no, claro que el padre de Beryl no vio al fantasma. Además, supongo que estaba demasiado dolorido del pie para preocuparse por el fantasma.

—¿Y qué le hizo el fantasma a Beryl, si puede saberse?

—Una dama decente jamás repetiría esas perversidades, Chloe. Chloe sonrió mientras le entregaba los guantes a la doncella.

—Este es el problema de este pueblo. Hay tan poca emoción en vuestras vidas que os inventáis a fantasmas que seducen a jóvenes en sueños. Si alguien tuviera valor, incluso el más mínimo atisbo de coraje, viviría una apasionada historia de amor de verdad y...

—Chloe, ya es suficiente —dijo su tía, sonrojada—. Creo que fue tu naturaleza atrevida la que te trajo problemas y el motivo por

el cual tus atribulados hermanos, con toda la razón del mundo, te enviaron aquí para...

—Morirme de aburrimiento, después de haber perdido todas las facultades mentales por falta de estimulación —dijo Chloe, suspirando—. Y, al parecer, funciona. Ayer acabé hablando con los patos del estanque. Mi única esperanza de salvación es que, con suerte, el fantasma de Stratfield venga a hacerme una visita mientras duermo.

Su tía soltó una exclamación de disgusto, lo que provocó que el tío Humphrey la cogiera de la mano, sin prestar mucha atención, mientras hacía ver que reprendía a Chloe con la mirada. Sin embargo, la verdad, como su tío le había reconocido a ella misma en privado, era que le encantaba que siempre dijera lo que pensaba y que hacía tiempo que no disfrutaba tanto con la compañía de alguien. Decía que Chloe había hecho maravillas al rescatar a su hija Pamela del retiro voluntario en el que vivía. Le encantaba, o eso decía, la impredecibilidad que Chloe había traído a esa casa. Y, encima, la bendita se reía de sus bromas. Para ella, su tío era un aliado incondicional.

—Quizá deberías acostarte, Chloe —dijo la tía Gwendolyn, con la voz temblorosa—. Si quieres, Delia puede subirte una taza de chocolate caliente.

Chloe se giró hacia las escaleras, con el aire distinguido típico de las tragedias griegas.

—Supongo que no podría cambiarlo por una copa de jerez, ¿verdad?

Pamela la siguió, susurrándole emocionada.

—Me muero por echar otro vistazo a los dos baúles que te han llegado hoy desde Londres. En mi vida he visto tanto encaje y tanta seda juntos.

—Ah —dijo Chloe, que se detuvo para echar un vistazo hacia las escaleras—. No es que vaya a necesitarlo aquí en Chistlebury, pero me alegro que mi ropa interior te proporcione un poco de emoción. Entre mis baúles y vuestro fantasma podríamos provocar un escándalo del que se hablaría durante un año en este pueblo.

Siguieron subiendo y haciendo crujir las escaleras de roble en silencio hasta que Pamela, aparentemente inspirada en el lado salvaje de la vida por la influencia de su prima, dijo:

—Se dice que muchas mujeres rezan por el fantasma. Para que las vaya a visitar a ellas esa noche y las haga vivir esa experiencia mística.

—¿Experiencia mística? —Chloe se echó a reír mientras avanzaba por el pasillo hacia su habitación—. Por Dios, qué manera de decirlo.

Chloe no creía en los fantasmas. Al menos, no hasta la semana pasada cuando, desde la ventana de su habitación, había vislumbrado una figura masculina sola de pie en las cercanías de Stratfield Hall en medio de la noche.

¿Era el fantasma inquieto de Stratfield o su primo vivo que había heredado la propiedad? Aunque parezca extraño, la aparición le dio más pena que miedo. Ese fantasma, si es que lo era, tenía un aire muy melancólico. El vizconde apenas llevaba muerto quince días. La única experiencia de Chloe con ese hombre, que fue bastante perturbadora, había tenido lugar durante sus primeros días de Sussex.

Un día, durante el camino de vuelta del boticario, donde había ido para hacerle un recado a su tía, la sorprendió un chaparrón. El lacayo que la acompañaba había ido corriendo a casa a buscarle un paraguas.

Stratfield cruzó cabalgando el campo como si fuera sir Galahad y el rey Arturo hubiera gritado «¡Al ataque!». Criada en el seno de una familia repleta de hombres atléticos y aunque ella misma era una excelente amazona, aquella visión la impresionó tanto que retrocedió y se hundió en el barro hasta los tobillos para ver mejor aquella visión masculina. Por desgracia, no consiguió causar la misma impresión en él.

Antes que pudiera limpiarse el barro de la capa, él ya había llegado hasta ella y estaba dando vueltas a su alrededor, obviamente disgustado por verla allí; tenía unos ojos grises tan oscuros y severos como fríos y distantes. Chloe se quedó sin palabras, algo que casi nunca le sucedía. Por lo visto, no se dejaba impresionar tan fácilmente.

La intensa lluvia formaba una cortina de agua entre los dos, y eso ayudó a que Chloe se creara la ilusión de un hombre que no pertenecía del todo a este mundo.

Mientras la observaba, allí de pie y empapada, todos los ángulos de su rostro rígido habían adoptado un gesto divertido. Aunque no se adaptaba a los cánones de belleza perfecta, era muy atractivo. Seguramente, tenía el rostro más inolvidable que Chloe había visto jamás, con esa barbilla partida y esas cejas oscuras y rectas fruncidas en un gesto serio.

—Venga, suba —ordenó, ofreciéndole su mano cubierta por un guante. No fue maleducado pero tampoco pareció el caballero de la brillante armadura. Chloe tuvo la sensación que sólo le estaba prestando ayuda por obligación, que lo había interrumpido en medio de alguna misión importante y que no le había hecho mucha gracia.

Chloe se miró enfadada las botas embarradas y recordó con nostalgia todas las fiestas y bailes que había dejado atrás en Londres.

—Deprisa —ordenó él, secándose la mejilla con el guante.

—Pero es que no sé si...

—Suba, señorita, antes de que nos calemos hasta los huesos. Que estamos en el campo, no en palacio.

Aquello la ofendió, pero la media sonrisa que dibujaba en los ojos amortiguó sus palabras. El haberse criado con cinco pícaros hermanos había eliminado cualquier sentimiento de compasión que pudiera tener. Sapos, saliva, bromas de mal gusto. Chloe y Emma, su hermana mayor, se habían vacunado contra los insultos desde muy jóvenes.

No obstante, una debía mantener cierto decoro, lloviera o no, incluso cuando era hija de una marquesa que se tambaleaba al borde del precipicio de la deshonra social. Además, este sir Galahad era tan altivo que necesitaba que alguien le recordara qué eran los buenos modales.

—Como mínimo, podría presentarse, señor —dijo ella, mientras la lluvia le enfriaba el inexplicable ardor que se había apoderado de sus mejillas.

Él se inclinó sobre la perilla de la silla de montar y sonrió.

—Soy el dueño de la propiedad en la que se está hundiendo. En la que ha entrado sin permiso. En medio de una tormenta. Y con un precioso vestido de seda. Ahora que hemos aclarado este punto, ¿va a subir o no?

—¿Acaso puedo negarme? —murmuró ella.

Sin embargo, seguía dudando y lo volvió a mirar a través de la cortina de agua. Estaba absorto en su mundo, sereno, con el pelo negro y corto pegado al cráneo y esos ojos de color metal que la observaban con un aire burlón que parecía que iba degenerando en impaciencia. Chloe miró hacia el muro de piedra que delimitaba la propiedad. No había rastro de su lacayo.

—¿Sube o no? —preguntó él, con brusquedad.

—Sí, pero deje que...

Se limpiara de barro las botas, algo que no le molestó; con un brazo, la levantó y la sentó detrás de él encima de su caballo muy bien educado. Chloe percibió enseguida la esencia del sobretodo de lana húmedo de Galahad, un atractivo olor de colonia con aromas de madera, y notó la intrusa calidez del codo de ese hombre debajo del pecho. También notó cómo se le tensaba el cuerpo y cómo, a continuación, se echaba hacia atrás sobre ella con una arrogancia natural que le aceleró el corazón. En conjunto, era un ejemplo de masculinidad bastante poderoso. Chloe tuvo que reprimir la urgencia de abrazarse a ese cuerpo fuerte y musculoso.

Le miró fijamente la nuca con un sentimiento de inquietud esperanzada. ¿Había cometido otro de sus incontables errores? Su naturaleza impulsiva fue lo que provocó que la exiliaran a ese oasis de aburrimiento. No obstante, Galahad era un vecino. Y, si no recordaba mal las palabras de su tía cuando lo había mencionado, era un noble.

¿O se lo había dicho como una amenaza? Chloe había escuchado su nombre antes incluso de venir a Sussex. El hermano pequeño de Dominic, Samuel, había muerto el año pasado junto con Brandon, el hermano de Chloe, mientras servían en la Compañía de las Indias Orientales, donde se habían alistado en busca de aventuras y de los premios que les prometían en los folletos de reclutamiento.

En lugar de eso, encontraron la muerte a manos de un grupo de rebeldes gurkha durante una misión de reconocimiento en Nepal. Chloe recordaba haber escuchado a sus dos hermanos mayores hablar del vizconde de Stratfield con una admiración que sólo en contadas ocasiones demostraban por los hombres de su misma clase so-

cial. Al parecer, el vizconde había sido una pieza clave en la organización de los funerales por los dos jóvenes.

Chloe no contempló, bajo ningún concepto, la posibilidad de que su rescatador pudiera hacerle nada escandaloso, como violarla allí encima del caballo o convertirla en su esclava... hasta que el vizconde giró el caballo y empezó a galopar en dirección contraria al camino de herradura que ella conocía.

—Diría que... —empezó a quejarse, pero tuvo que callarse porque se quedó sin aire en los pulmones.

Iban tan deprisa que el bosque era como una sombra indefinida gris y marrón que iba dejando atrás. El caballo levantaba pedazos de tepe y los lanzaba por los aires, contra la lluvia. Cruzaron un prado empapado y un túnel oscuro y húmedo de madreSelva, cuyo olor los envolvió cuando pasaron por debajo. Chloe no tenía ni idea de dónde estaban, pero sabía perfectamente que esa ruta no se parecía en nada al camino hacia su casa.

Rodeó la cintura de Galahad con sus manos y, apretándose contra él, alzó la voz. Notó cómo los músculos de su pecho se tensaban. ¿Acaso fue imaginación suya que pareciera satisfecho de ver cómo se agarraba a él?

—Disculpe, ¡creo que se ha equivocado de camino!

Dominic gruñó, o hizo otra especie de sonido gutural despectivo que indicaba que ella sólo era una inconsciente por atreverse a cuestionar su sentido de la orientación. A Chloe se le empezaron a pasar por la cabeza las formas en que ese extraño oscuro y callado podía abusar de ella. Imaginó que la llevaba a las mazmorras de un castillo perdido y que la hacía prisionera para que obedeciera a sus perversas demandas.

¿La tendría desnuda en su cama y, con una cruel suavidad, la taparía con pieles de lince ruso después de haberla violado y haberla dejado medio inconsciente? ¿La despertaría con perlas, manjares y *brandy* o, a juzgar por la velocidad endiablada del caballo, acabarían los dos muertos antes de poder ejecutar y recibir alguna perversidad?

Chloe estaba considerando, con disgusto, la última posibilidad cuando, después de haber pasado volando por un espeso avellanedo, llegaron a un claro.

Chloe miró al otro lado del oscuro paisaje, sintiendo los latidos del corazón en la garganta.

—Mi casa —dijo, sorprendida.

—¿Quién se lo iba a decir? —comentó él, arrastrando las palabras, y luego se giró un poco para darle a entender que no estaba tan absorto en sus pensamientos como para no darse cuenta de lo fuerte que se había agarrado a él.

La granja blanca y marrón construida, en parte, con madera, conocida por el pretencioso nombre de Dewhurst Manor, soportaba estoicamente la lluvia como lo había hecho durante dos siglos. Chloe pensó que su tía debía estar pegada a la ventana, preguntándose qué le habría pasado a la traviesa de su sobrina. Seguramente, la reñirían por haber aceptado el ofrecimiento de un vecino en lugar de volver a casa andando, hundiéndose en el barro hasta las rodillas. Y al pobre lacayo le tocaría recibir algún castigo físico.

—Debería haberme dicho que iba a tomar un atajo —dijo Chloe, con la respiración entrecortada, mientras se soltaba de aquel fuerte cuerpo masculino que había usado como paraguas durante el viaje.

Él no se giró, pero Chloe percibió una sonrisa burlona cuando le respondió:

—No veo ningún motivo para tener que explicar lo obvio.

—Por supuesto que no —murmuró ella.

Cualquier explicación habría implicado entablar una conversación educada. ¡Menudo hombre tan refunfuñón! En ese momento, Chloe se avergonzaba de haber pensado que iba a secuestrarla y a tenerla a su merced. Además, seguro que no tenía ningún castillo. O, como mínimo, no en Chistlebury. Quizá vivía en una cueva. Parecía más un dragón que un caballero. Chloe supuso que esperar que la acompañara a la puerta de su casa era pedirle demasiado aunque, pensándolo mejor, a su tía le daría algo si la viera aparecer por la puerta con Galahad.

—Bueno —dijo ella, intentando disimular su irritación con una sonrisa—. Ha sido muy amable al dejar sus... —¿sus qué?, se preguntó. ¿Su búsqueda desesperada de damas atrapadas en la tormenta, a lo señor feudal?—... obligaciones para rescatarme.

Él desmontó en silencio y la ayudó a bajar del caballo, levantán-

dola sin ningún esfuerzo aparente. El roce con ese cuerpo tan fornido hizo que Chloe no notara el frío de la lluvia en la piel. Era muy fuerte y, a pesar de la impaciencia que percibía en él, era terriblemente delicado en el contacto físico.

Obviamente, aunque su mente estuviera a cientos de kilómetros, todavía seguía siendo lo suficientemente hombre como para darse cuenta que eran de sexos opuestos. Le lanzó una mirada increíblemente desdeñosa.

—Le sugiero que, en el futuro, se mantenga alejada de mis propiedades.

—No lo he hecho a propósito —respondió Chloe—. Verá, acabo de llegar de Londres y...

—Eso he oído.

Ella se alejó y él giró su estilizada figura hacia el caballo.

—¿Ha oído hablar de mí? —preguntó ella, sorprendida. En circunstancias normales, se habría sentido halagada por que un hombre que no conocía se hubiera tomado la molestia de investigarla.

Muy despacio, él se giró y la miró de arriba abajo como si, desde el primer momento, hubiera reprimido la necesidad de hacerlo. Tenía la cara delgada y los rasgos masculinos estaban rígidos por una tensión que Chloe casi podía sentir. De hecho, aquella intensidad reprimida, aquel interés masculino que Dominic no se había dado permiso para mostrar hasta ahora, le cortó la respiración. ¿Acaso se había preguntado si la había mirado como una mujer hasta ahora? Bueno, ya tenía la respuesta. Era la primera vez en su vida que la mirada de un hombre la hacía sentir tan seducida y deseada. Cuando la miró con esos intensos ojos grises apareció, por primera vez, un toque de humor en la conversación.

—Sí —dijo él—. De hecho, he oído unas cuantas cosas acerca de usted.

—¿Por qué iba a interesarse por mí? —preguntó ella, en voz baja.

Él dudó un segundo. Estaban de pie entre las sombras de los sauces llorones que rodeaban la casa. Chloe oía cómo la lluvia caía sobre las hojas, resbalaba hasta el suelo y los envolvía en una oscura humedad. Notó que Dominic estaba a punto de decirle algo, de con-

fesarle un secreto, quizás incluso el motivo por el cual estaba tan preocupado y se comportaba de manera tan maleducada. Aquellos enternecedores ojos grises le ablandaron el corazón. ¿Estaba triste, puede que aquejado de una enfermedad terminal?

Ella se acercó un poco más, para inspirarle confianza. Los animales y las personas perdidos siempre la habían atraído. Sin embargo, había algo más en él que la atraía; una especie de curiosidad peligrosa, de calor magnético. Si antes se había mostrado frío con ella, ahora parecía un volcán de emociones oscuras.

—¿Por qué? —insistió ella.

Cuando la tomó en sus brazos y la besó, debería haberse sorprendido pero, lo más inesperado fue que no se derritió bajo la lluvia; de repente, quedó como un pelele en sus brazos, embriagada por la dulzura del olor a *brandy* que Dominic desprendía. Detrás de ese beso había poder, arrogancia y también casi desesperación. Dentro de diez años, Chloe seguiría acordándose de la intensidad de ese beso. Intentó separarse para respirar. Él la soltó, aunque sólo un segundo, y luego introdujo su lengua todavía más adentro de su boca.

—¿Por qué? —susurró él, agarrándose a ella como si fuera un salvavidas, un pasaporte hacia la cordura.

Y entonces, cuando bajó las manos y empezó a acariciarle el arco de la espalda y las nalgas, lo que quedó en el aire fue la cordura de la propia Chloe. Hasta ahora, siempre había tenido el control de los flirteos, siempre había mandado sobre su destino. Ahora, sin embargo, ese control estaba en llamas. La peligrosa potencia del cuerpo de él la tranquilizaba y la debilitaba al mismo tiempo.

Lo escuchó gemir dentro de su boca. Nunca nadie la había besado de aquella manera. Nunca nadie la había tocado de aquella manera. Incluso a través de la ropa, sabía perfectamente dónde detenerse, cómo excitarla. A Chloe le cayó una gota en la mejilla y le resbaló por el cuello. Él siguió el rastro con la lengua, haciéndola estremecer.

—No debería salir sola —dijo él, y la volvió a besar, con la boca húmeda y rodeándola con fuerza con los brazos.

Cuando escuchó la aspereza de su voz, a Chloe estuvieron a punto de fallarle las rodillas. Notaba los latidos del corazón en la garganta, en los oídos.

—¿Por qué no? —susurró, provocándolo, intentando disimular lo mucho que estaba peleando consigo misma para evitar que aquello fuera a más.

Él se separó con una sonrisa.

—Es un pueblo pequeño —su voz volvía a ser distante. A lo mejor, Chloe se había imaginado aquellos segundos de pasión. Antes que pudiera decir nada, él volvió a montarse en el caballo y se marchó—. Aunque también hay peligros a evitar, incluso para una bonita dama con gusto por los problemas. En el futuro, manténgase alejada de mis propiedades.

¿Gusto por los problemas? ¿Peligros a evitar? «¿Qué quiere decir?», se preguntó. Chloe, la hija de un difunto marqués, la hermana del marqués actual que tenía una influencia considerable, se había quedado totalmente atónita ante la rotunda despedida de su rescatador. Se quedó de pie bajo la lluvia, empapada y ofendida, observándolo alejarse al galope como si fuera parte de la furiosa tormenta. Se quedó de pie, incrédula, ardiendo todavía por aquel beso, por la enigmática advertencia.

¿Cómo es que la conocía? ¿Y qué se suponía que debía hacer con esa advertencia tan melodramática? La única amenaza que Chloe se había encontrado en ese aburrido pueblo era un párroco que disfrutaba esparciendo rumores y una tía terriblemente sufridora. Por Dios, ¿es que no se tranquilizaba nunca?

Sin duda, Dominic Breckland era el hombre más maleducado y apuesto que jamás había conocido. Obviamente, a él le importaba un bledo lo que ella pudiera pensar. Parecía no importarle que Chloe informara de su comportamiento a sus hermanos que, casi con toda seguridad, lo defenderían a él porque darían por sentado que Chloe había metido la pata.

Chloe se quedó bajo la lluvia hasta que lo perdió de vista, aunque ya no sentía frío, sólo calor e irritación. Se quedó allí y, de repente, se dio cuenta que jamás había soñado que pudiera existir un hombre como lord Stratfield y deseó no haberlo descubierto nunca.

De hecho, estaba tan ofendida que decidió que el único antídoto-

to era olvidarse para siempre de su arrogante salvador, que resultó ser el mismo consejo que le dio su angustiada tía unos minutos más tarde.

—¡No podía creer lo que estaba viendo, Chloe Boscastle! No podía creer estar viéndote en lo alto de un caballo con lord Stratfield. ¡Y agarrada a su cintura!

Chloe se giró hacia la ventana para mirar hacia fuera.

—Entré en su propiedad sin querer. Me trajo a casa.

—Bueno, es todo un milagro. Se comenta que seduce a todas las mujeres que conoce.

—¿A ti te ha seducido, tía Gwendolyn?

—No seas impertinente. Stratfield es un vecino y un hombre noble, y como tal lo respeto. Pero eso no significa que apruebe el hecho que tenga a su amante viviendo con él.

—¿La conoces? —preguntó Chloe con curiosidad, girándose hacia su tía, decepcionada, porque lord Stratfield no había regresado.

—Por supuesto que no, Chloe.

La tía Gwendolyn cerró las cortinas, indignada por la pregunta.

—El párroco Grimsby la ha visto varias veces. En la ventana del vizconde.

Chloe se mordió el labio, divertida.

—Quizás el vizconde viva con su hermana o con su tía.

La tía Gwendolyn se sonrojó visiblemente, incluso debajo de los polvos pálidos que llevaba en la cara.

—Dudo mucho que, a una familiar, le hiciera lo que el párroco describió.

—¿Organiza bacanales en medio de la noche? —Chloe no pudo evitarlo; quería poner nerviosa a su tía.

—No lo sé —respondió su tía, indignada—. Ni quiero saberlo —añadió—. Y tú tampoco deberías. El mero hecho que tenga la sensación que en Stratfield Hall hay algo extraño debería servirte de advertencia, Chloe. No debes mezclarte con ese hombre. Recuerda estas palabras.

Y quizás, en lugar de reír, debería haber escuchado a su tía. Tres semanas después, asesinaron al vizconde en su cama.